
Editorial

Como a estas alturas la mayor parte de lectoras y lectores de con la A seguro que tienen claro, el género es un constructo cultural y social que asigna a mujeres y hombres diferentes características (sociales, culturales, políticas, psicológicas, jurídicas, económicas, etc.) desde el momento de nacer, sin que las personas puedan decidir respecto a ellas, y en torno a las cuales se organiza el entramado social, que varía, como podemos observar a través de la historia, en función de los intereses de la clase dominante, en el poder, atribuyendo a unos y otras determinados rasgos psicológicos, sociales y culturales diferenciados y designados como “masculino” o “femenino” en función del sexo de las personas, mediante la educación, el uso del lenguaje, la familia, las instituciones, la religión, los *Mass Media*, etc. Pero, además, el género es una categoría de análisis que nos permite estudiar distintos aspectos de la realidad, cualquiera que esta sea, desde perspectivas diferentes y encontrar distintas soluciones a los problemas, ya que debido a la división sexual del trabajo impuesta por el patriarcado, que ha determinado a las mujeres como cuidadoras universales, unas y otros hemos desarrollado distintas maneras de enfocar determinadas situaciones y de relacionarnos con nuestro entorno. La situación de las mujeres sabemos que está marcada por la opresión y los límites impuestos por una sociedad sexista. Sin embargo, dentro de los límites impuestos, el hecho de haber tenido (y tener) la responsabilidad de cuidar, en particular a las personas de nuestro entorno, nos permite elevar la mirada y limitar el afán depredador que parece ser constitutivo del ser humano, mayormente del ser humano varón, porque mujeres depredadoras sin duda las hay, pero los porcentajes son tan pequeños e insignificantes que nos cuesta encontrar modelos de referencia. Es probable que esto suceda porque carecemos de poder y que las mujeres depredadoras que nos vengan a la mente sean aquellas que han realizado la metamorfosis de masculinización para alcanzar el poder y así ser considerada “uno -y digo uno- de los suyos”. De la misma manera encontramos hombres -pocos aunque cada vez van incorporándose más a las filas de los cuidados- que han hecho el camino inverso, deconstruyendo lo peor de su modelo de referencia, androcéntrico y patriarcal. Por todo ello, podemos observar que temas como el cambio climático, que vertebró este número de con la A, también está afectado por la perspectiva de género y que mientras no se aborde desde la mirada de los cuidados, tal y como señalan las articulistas de este número, no habrá solución posible.

Alicia Gil Gómez

